

# En el exilio sólo una cosa no hay. Es el olvido.

Fabio Rodríguez Amaya / El oficio del exilio<sup>1</sup>



**UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI BERGAMO**  
DIPARTIMENTO DI SCIENZE DEI LINGUAGGI, DELLA  
COMUNICAZIONE E DEGLI STUDI CULTURALI

Milán, 20 de diciembre y 2011

Dra. Dña.  
YOHAINNA ABDALA-MESA  
Denver, Colorado

Querida Yohainna:

Te ahorro los detalles. Después de muchos meses he logrado que el amigo del que tanto te he hablado me respondiera y hace una semana lo pude trincar en casa. Logré grabar algo así como tres horas de conversación. Te transcribo, en un archivo, en seis o siete puntos numerados, apartes de lo mejor de su largo cuento. Ten presente que, comenzó diciendo: "Hacia finales de 1975 circunstancias mentirosas, adversas y confusas hicieron que, después de cuatro meses de zozobra y clandestinidad, sin haber recibido un pomposo pergamino caligrafiado a mano, me viera ante la inesperada y perentoria 'invitación' de abandonar el país".

Imposible negarte que se trata, como lo he percibido, de un asunto difícil y que él siente como muy doloroso de exteriorizar. No obstante, pienso que a su favor juega el tiempo, pues brinda el necesario distanciamiento que da objetividad. Es poco dado a hablar de sí, por eso me alegra que haya aceptado hacerlo sobre la espinosa experiencia del exilio para la *Revista de Estudios Colombianos*. Lo hace consciente, me dice, de la enseñanza de Borges de que: "Sólo una cosa no hay. Es el olvido". Me he permitido sugerirle que, quizá, el mejor modo de afrontarlo sea la sencillez, para evitar el riesgo de caer en lo patético o caricaturesco. Apenas él acabe de revisar mi transcripción te la envío. Lo que si advierto es que vive muy consagrado en su labor artística pensando siempre con lucidez crítica y mordaz en nuestro país, su cultura y sus gentes.

"Colombia, atravesaba una delicada etapa de nuevos grandes conflictos y en esa inigualable tierra – en manos de las pocas familias potentes de siempre, intermediarias entre los intereses del imperio y su exclusivo enriquecimiento personal – se insinuaban, como plagas, el paramilitarismo, el narcotráfico, la narcoguerrilla, la corrupción total en las esferas altas y medias de esa república sin estado y sin nación. Hasta que en 2010 se posesionó en los altos mandos del país la Narcoaristocracia. Supe que estaba de salida pero sin la idea clara de un regreso, mientras se desataban nuevas modalidades del terror. [...] De repente sentí que me habían quitado la tierra de debajo de los pies. Después de vagar largos meses por Europa, me hallé en una realidad que aparentemente era propicia y amable; pensaba que allí podría recuperar el sentido de libertad que me habían extirpado. Era Italia. [...] Ha sido un proceso lento y doloroso, muy complicado y contradictorio, con sus momentos de enorme alegría y exaltación y las repetidas e inevitables caídas. Comenzaba, eso sí, con extrema rudeza, una segunda vida, para la que me reconozco en una única palabra: EXILIO".

Esto te anuncia el tono y creo, pueda ser interesante para este número de la REC que preparas como editora. Es un testigo de primera mano cuya historia coincide plenamente con las palabras de Dante: *Tu lascerai ogne cosa diletta più caramente; e questo è quello strale che l'arco de lo essilio pria saetta. Tu proverai sì come sa di sale lo pane altrui, e come è duro calle lo scendere e 'l salir per l'altrui scale.* [Paradiso, XVII, 55-60]

Gracias por la confianza y espero estar a la altura de la gravosa tarea que me has asignado. Un afectuoso saludo,

Fabio Rodríguez Amaya  
Prof. ordinario di L e L. Ispano americane  
Direttore del Dipartimento di Scienze dei  
Linguaggi, della Comunicazione e degli Studi Culturali

1.

Bogotá comenzaba ya a desdibujarse en los hontanares del recuerdo. Salía de la abigarrada y caótica metrópolis, con mi joven esposa, un pasaporte, la ropa que llevaba puesta, un puñado de dólares y un enorme vacío en las entrañas. Este era puro miedo. Tuve que abandonarlo todo. Mi único patrimonio eran la memoria, la experiencia acumulada en los intensos años de estudio y formación y lo que, en sus albores, se perfilaba como un brillante porvenir.

Dejaba a mis espaldas, casi abandonada una bebé de cinco meses, mis seres queridos, mis seres vecinos, las geografías, los colores, los aromas y las atmósferas de esa tierra encantadora que había recorrido de un extremo a otro. A ello se sumaba la conciencia del calor afligido de la gran mayoría de sus gentes. Esto permanece aún vivo en lo más profundo de mi ser. Llevaba también conmigo una carga de energía, de indignación, de ira y de sueños que se truncaban. Me alejaba de mi atrocemente bello país herido, como herida tenía el alma de la que comenzaban a gotear dolores rojos.

Tenía solo la cabeza para pensar y las manos para trabajar más la certidumbre de tener que responder a una doble responsabilidad: como ser humano y como artista. Como todos los hombres, creo que el artista tiene un deber con su prójimo y la sociedad en que vive y una responsabilidad con la causa de la verdad y la

justicia. Lo había aprendido desde pequeño, lo había corroborado de adolescente y me lo ratificaban mis experiencias, por entonces, más recientes: la docencia en la Universidad, mi participación activa en un renombrado colectivo de pintores y mi fresca vinculación en el circo del arte nacional e internacional.

Pronto, en Milán, entré, como forastero, como desterrado, como extranjero, a formar parte de un conglomerado de gente pobre en una tierra nueva, en una sociedad rica y hostil, en que desde un principio se estaba abocado a luchar por los derechos sociales y civiles así como por la dignidad y la supervivencia. Capté de inmediato la doble faz de la moneda: prevención y desconfianza por un lado, debida a unos recónditos racismo y xenofobia; solidaridad y simpatía, por el otro, debida a los tiempos fervorosos en que estaban aún latentes el *autunno caldo*, las experiencias colectivistas, las luchas obrero-estudiantiles, el horrendo asesinato de Pier Paolo Passolini. A esto se sumaban las dificultades que nos generaban a los extranjeros las nuevas leyes antiterrorismo debidas al asesinato del Presidente Aldo Moro por mano de las Brigadas rojas. Sin embargo, se sentía que el fascismo estaba latente y no había bastado la euforia de esos años para sepelirlo.

Se consideraban exiliados solo a brasileños, argentinos, chilenos y uruguayos. Los otros no contábamos. Éramos simples proscriptos, parias. Me hermané de inmediato con el poeta argentino Franco M.; con Francisco del R., un brasileño jovial que había sido secretario de Niemayer y, sobre todo, con el mexicano Víctor A. y su grupo – los que se le habían escapado bajo las narices a Fidel Castro y su policía secreta. Con ellos estaba Hildita Guevara, la hija del Che, que se había casado con el ‘flaco’ Alberto. Con excepción de éstos, me mantuve distante desde un comienzo de los grupos de latinos y me confundí entre la masa anónima con su piel color leche y el cielo idéntico, de la única ciudad de Italia con pretensiones de ser europea. El apoyo de Daniela P., Franco y Ma. Teresa A., y un grupo de amigos fue fundamental. Tuve la suerte de comenzar a trabajar con instrumentos de mi oficio como ilustrador, investigador, grafista y escriba. De inmediato recomencé a dibujar. Nunca he dejado de pintar, de escribir, ni de pensar. Tanto menos de soñar. Los inicios fueron duros, de estrecheces y ostracismo, vigorosos y entusiastas, de curiosidades por colmar, de novedades y humillaciones. Me hallaba en Europa, real y no imaginaria. No había tiempo para tristezas. Estas las vivía en mi interior. No las negaba. Simplemente las postergaba o acumulaba. Me embriagaba de belleza, podía tocar con mano lo que había visto en libros y revistas, sólo que ahora era en color y no en blanco y negro. Quería aprenderlo todo, saberlo todo y dominar ese idioma de poetas. Desde un comienzo me sentía – hoy es igual – un desgarrado mas nunca un desarraigado. Era, eso sí, un clandestino, un indocumentado. El camino ha sido largo y tortuoso pero enriquecedor. El vacío sigue siendo grande.

2.

A decir verdad, el exilio comienza siendo un diálogo. Auténtico, vivo y ágil. Además tú estás acá, en una nueva tierra pero en realidad sigues allá, en la tuya. O mejor: estás acá y eres allá. Y esta condición no cambia nunca. Se abre la conversación

entre tu realidad de allá – que te han amputado – y la de acá – que no te pertenece. Sigues pensando en voz alta en tu idioma. Posiblemente sucede en el sueño. Allí percibes los perfumes, visionas la inmensidad de las montañas, de los ríos, hasta dimensionas la alegría y la tristeza. Sobre todo, en el sueño, ves viva a tus gentes. Todo esto lentamente se desdibuja. Es como si lo abrazara la neblina. Luego, las imágenes se van desvaneciendo y hasta las voces se te escapan. Te queda latente la sensación. Eso sí, algo te tiene atado allá y lo extrañas. Y te acostumbras a sentir ese dolor, en silencio. Sin quejarte. Es como una punzada. Yo la siento cada día que me despierto. Mas la vida y la injusticia no dan tregua. Tienes que intentar echar raíces para no perderte al primer sacudón.

A decir verdad, el diálogo muy pronto se transforma en un monólogo. Eres tú solo el que comienzas a plantearte seriamente las cuestiones. En el exilio empecé a ver a mi país no de manera fragmentaria sino integral. La visión se amplió a todo el continente. Descubrí que soy colombiano por accidente, pues mi país verdadero es América Latina. Y empecé a aprender mil cosas sobre lugares que incluso había visto pero que desconocía en sus raíces. Hubo un momento en que me pregunté seriamente: ¿qué es la patria? y así seguí, interrogándome sin parar, dándole cabida en mi cabeza a cuestiones que uno allá ni piensa. Lo que sí me propuse hacer, y hago todavía, es que al levantarme, todos los días, me aplico una inyección en los dos brazos. En el izquierdo, para que no me agarren el resentimiento, el odio, ni el hastío. En el derecho para no caer en la trampa de los espejismos del arribismo que te ofrecen estos países ricos, donde es de verdad humillante vivir siendo pobre.

A decir verdad, un día te levantas y el monólogo se ha vuelto silencio. Como cuando cae la nieve a copos y la atmósfera se enfría, enmudece. El alma se te encalambra. Asumí que desde siempre, desde mi llegada por acá, estoy solo. Absurdamente solo. Hasta perdí a mi compañera. Íbamos por el camino juntos y de pronto se la llevó el viento. Me quedé con mi niña. Criándola sin saber cómo. Mis dolores rojos que goteaban al comienzo, ahora eran riachuelos de congoja, arroyos de desesperanza, pozos de angustia. Y por más vida social que intentes hacer, ese silencio te va llenando. Lo que sucede es que sin darte cuenta la memoria de los que vas almacenando acá, en el exilio, llega a un punto en que comienza a equilibrarse con la memoria viva que has traído de allá. La historia es simple. Al comienzo, todos quieren hablar contigo, aparentan querer saber. La curiosidad es grande pero pronto descubres que es limitada. Las preguntas se repiten. La superficialidad te agobia. Termina siendo como un disco rayado. Con pocos se habla, se debate, se dialoga a fondo. No es fácil el intercambio de nada. Menos de ideas. Nadie se expone. La gente se protege y no logras abordar sus códigos aunque sí mantienes los tuyos. Cada quien se siente depositario de la verdad que considera única. Sucede que a la tercera o cuarta vez que te encuentran, dejas de ser el exótico, el del acento divertido con que hablas esta lengua que usas para ocultarte, pues no te sale de las entrañas. Ese tipo que del frío en el que se pierde en esas brumas como de páramo, dizque le había abierto un hueco a una cobija para calentarse. Lamentablemente descubrí la ignorancia que acá, en ellos, es arrogancia. Sobre todo desde

la caída del muro de Berlín. Antes no era así. No que fuera fácil. Ahora no se es sólo un extranjero. Te cambian todo sin que te des cuenta. Con la inmigración – la de la miseria – de africanos, latinos y orientales, con la defensa de las fronteras, un buen día nos definieron extracomunitarios. Y desde que se implantaron las nuevas leyes raciales propuestas por los Neofascistas y de la Liga Norte es peor. Claro, también se ha equilibrado con la integración y las raíces que he logrado echar acá. No me lamento. He corrido con suerte y mi trabajo no solo es reconocido, sino también mis capacidades, mi preparación. De no ser así ya estaría muerto.

3.

En 1987, llevaba ya doce años en Milán, me internaron por cuatro o cinco meses, en el Neurológico Besta. Todas las penurias, angustias y fatigas represadas en tantos años de dolor, soledad y esfuerzo reventaron y no pude más con mi cuerpo. O él no pudo más conmigo. El exilio comenzaba a cobrar, como todo en la vida, su peaje. La larga cadena de problemas físicos duraría hasta 1995. En una segunda hospitalización, – en 1992 en medio de los deshonrosos festejos del V Centenario – me volvieron tasajo el intestino. La tercera, fue más larga y correspondió en 1995 con la muerte de mis entrañables Marvel Moreno y Luis Caballero. Me vi sometido a toda clase de torturas. Entre tanta eminencia a nadie se le ocurrió que podía estar enfermo de exilio – o de tristeza, o de nostalgia o de melancolía, o de soledad, o de morriña, o de *saudade*... Muchos años después, se vino a saber que mis

problemas de entonces no eran neurológicos, ni cardíacos, sino del corazón. Eran años decisivos para mi producción artística. Preparaba una exposición para Casa de las Américas de la Habana. Le pedí a Gabriella B., el segundo gran amor de mi vida, que me llevara un espejo, un cuaderno francés – de los varios que me habían regalado Luis, Marvel y Saturnino Ramírez en una de las frecuentes visitas que les hacía en París – y otros materiales para dibujar. En pocos días lo llené de autorretratos locos, desesperados, superreales, imposibles pero auténticos. Era la imagen del otro yo que se reflejaba en el espejo. El título era despampanante: *Mutación – estudios para una Metamorfosis*. Al salir de esa cárcel sin rejas que es el hospital, fui donde Giorgio Upiglio mi maestro grabador y le propuse hacer un libro. Con frenesí, dibujé, arañé y acidé las placas de cobre y en menos de dos meses se publicó. Ese libro no sólo le ha dado la vuelta al mundo. Ha sido objeto de controversias, debates, juicios, críticas, anatemas, premios y esa parafernalia que nos toca vivir a los artistas marginales que no somos ni comprometidos, ni oficialistas, ni de régimen. El texto se lee fácil. Tenía que ajustar cuentas con lo que el exilio me había dado y me había quitado. Se lo dediqué a la bebé del comienzo de esta historia que ya era una bella y aventajada estudiante de filosofía. Mi hija grande, la que nació, antes del exilio, del primer gran amor de mi vida con Carmencita B. Con Rocío L. han sido sólo tres, éste, reciente, ya desterrado, pero reconciliado con Colombia. Se trataba, con el libro, de vomitar paranoias, de sanar heridas, de abatir la tristeza. De recuperar la sonrisa, sobre todo el humor, la *autoironía*.

## μετάληψις



## Metalepsis

### A Ximena

Me duele el alma porque me presagia muerte.  
Comenzó hace tiempo, cuando me amputaron país, amigos,  
[circunstancias.

El cuerpo no me duele, a fuerza de dolerme tanto.  
La soledad me aflige en los huesos, en los ojos y en el tacto, ahí  
donde arquitecturo el tiempo: brota instintivamente en los sueños  
- donde en realidad vivo -, y en la vigilia - donde, a pesar mío, muero -.  
Me cala la muerte por un ojo cuando miro a la barbarie;  
me humilla la vida, por el otro, cuando padezco a los desposeídos  
y a los inocentes.  
Me mata la ausencia en la mano derecha, la que pinta y escribe;  
y en la otra, la que arrebató y violenta.  
Mi cuerpo se atormenta en los cuerpos que pinto y en las almas  
que percibo en la víspera: inaferrables en su locura, inefables  
en su abandono, inocentes en su hastío.  
Llegan así, hasta mí, hierático, las sombras. Y me duele la vida.  
Y más me duelo en los cuerpos que se lleva la muerte; en las almas  
que la ausencia, arrastra: lejos, para siempre jamás de la poesía,  
del amor, de la utopía: confinadas en las cenefas del mundo.  
Entonces, sólo entonces me asalta un cansancio universal y cósmico:  
el sueño en esos confines de la tierra:

Vuelvo así, a mí, desnudo, sin la máscara que maquilla,  
sin la mueca que parodia, elemental  
como yo mismo:  
memoria fresca en una vieja aljaba

4.

En sus raíces exilio significa ‘saltar hacia fuera’ e implica una constricción, nunca una decisión voluntaria. Es el poder con su ciega arrogancia a infligirlo. En mi caso, en eso que en Colombia proclaman democracia, hubo dos causas: la demencia de los que se autodefinían vanguardia del proletariado y la soberbia obcecada de los militares. Los mismos que mataron al cura Camilo en la montaña. Sucede cuando lo que se piensa, se escribe, se dice o se hace atenta contra la falaz etiqueta del escudo nacional: “libertad y orden”. Hay quien abandona su país por que no tolera más el horror que lo circunda, pero este no es exilio genuino. Una vez afuera se trata de rehacer la vida que se diluye en un nuevo entorno que en apariencia acepta pero en el fondo rechaza. Por el choque de culturas. Por los lenguajes. No por los idiomas.

El exilio por momentos puede ser viaje, aventura, travesía. Nunca es migración, vagabundaje, o turismo. Tampoco esas sofisticadas invenciones de nuestros abuelos españoles: Juan Ramón Jiménez se define “conterrado”; José Gaos “transterrado” y, como si fuera poco, María Zambrano afirma “mi patria es el idioma [hasta aquí se lo achacan también a Camus], el idioma español”, asociando la lengua al complejo concepto de patria y a un profundo trasfondo religioso cuando también liga exilio a revelación. Claro que si el idioma es originario de esa patria que está sólo en la península europea, los latinoamericanos no tendríamos derecho al exilio. Aunque desde hace tiempo éste forma parte de nuestra condición de latinoamericanos. El exilio es como emprender un camino, interior o exterior no importa, en el que la vida, las circunstancias, las ausencias te van despojando lenta y certeramente de muchas cosas, hasta del amor. Sin darte cuenta te hallas desnudo y a solas contigo mismo. ¿Y qué significa ese atrevido neologismo que es “insilio”? Exilio es de uso común en nuestro idioma sólo a partir de las deportaciones masivas de republicanos durante la guerra civil española. La única palabra cercana es destierro y éste no es igual para un político, un intelectual, un oficinista o un analfabeta. En una sociedad de clases y regentada por el sistema *liberista*, los privilegios son siempre privilegios.

Nada se dice de las condiciones de violencia, ostracismo, y humillación ejercitadas en los campos de concentración franceses en la época de la guerra civil. Tampoco las de los actuales campos de concentración conocidos en Europa y EE. UU. con el eufemismo ‘campo de acogida’ para los inmigrantes de cualquier parte del mundo.

La historia enseña que los auténticos artistas, intelectuales y científicos a menudo son duramente perseguidos por los bellacos e incultos que se arrojan el ejercicio del poder, no importa su color o ideología. Éstos son incapaces de entender que hay individuos especiales en grado de dar una enorme contribución a la humanidad. Pienso en Sócrates, en Dante, en Goya, en Picasso, en Neruda y el status de exiliado se amplifica: prófugo, asilado, refugiado, proscripto, desterrado, castigado. La cuestión se hace difícil cuando se juntan personajes tan disímiles como Ovidio, Napoleón, Garibaldi, Einstein, Marx, Martí, Trotsky, Ibsen, Perón, Mann, Cabrera Infante o Stroessner.

Es el poder el inventor de los mecanismos represivos, coercitivos y persecutorios que casi siempre concluyen por eyectar a las gentes en el exilio. Esto permite concluir que es demasiado simplista asociar el exilio sólo con el dolor o el sufrimiento. En la medida en que una nueva tierra, una nueva comunidad humana, una cultura diferente acogen al protagonista del exilio, por más que se esfuerce en adaptarse, nunca dejará de ser lo que es. Por ejemplo, me resulta impensable pensar en llegar a ser italiano. Mi origen, mi cultura – tanto para empezar – no inventaron el Príncipe y creo que esto sea ya razón más que suficiente para crear un abismo entre el país donde estoy y el país donde soy. Lo que sí resulta verosímil es asociar el exilio a extrañamiento, expatriación, deportación, expulsión, confinamiento, desarraigo. En el exilio todo lo vivido, allá, se echa de menos, acá. El tiempo se eterniza, no pasa nunca. Ni siquiera cuando uno se reconcilia y hasta repatria. Allí donde se llega se es distinto de lo que fue y lo que fue ya no es. Asumirlo implica un acto de lucidez, de valor. Un espíritu de lucha. Explícitos en su brevedad los versos de Octavio Paz. “Me encontré frente a un muro y en el muro un letrero: aquí empieza tu futuro”.

5.

En estos largos años del destierro – una segunda vida diría – alterno mi quehacer cotidiano de pintor con la literatura. En parte vivo de ella. Me entero de que lo mejor que se ha producido a lo largo de todos los tiempos en nuestras literaturas, en nuestras artes, se ha hecho en el exilio. Bello, Martí, Echeverría, Gallegos, Bosch, Onetti, Carpentier, Donoso, Sarduy... Leyendo aquí y allá, encontrando a los mejores escritores y artistas de mi gran país que es América Latina regados por toda Europa, me cercioro de que son casi un millar entre poetas, novelistas, artistas y profesionales los que andan exiliados. Y todos en plena producción. Y todos dando lata. El exilio político en América Latina es viejo como la misma política. En el siglo XX los destierros, individuales y masivos, por razones políticas han sido sistemáticos, dramáticos, virulentos, y también cambiantes. Colombia, en los últimos tiempos, se ha visto afectada, además, por la guerra sucia y es diferente el exiliado, eso sí, del que se va voluntariamente. Este no es un exiliado, es un migrante o como se quiera. Vuelvo la mirada y descubro que en los años cincuenta y sesenta era así; en el periodo de entreguerras igual. En suma, desde las luchas independentistas y la configuración de lo que mi hermano Jacques Gilard ha definido como “república criolla”, no cambia la canción. Llevaba ya diez años trabajando con dedicación en la obra de varios autores. Desde 1983 había retomado el contacto con uno de los más eminentes de nuestros exiliados: Álvaro Mutis. Y no he encontrado entre nuestros escritores de todo el siglo XX a alguien que haya sido mejor intérprete, el mayor diría yo, del exilio. La invención de Maqroll El Gaviero ha sido su acierto y ese tren doloroso y trágico de sus versos es una de las más hondas reflexiones que sobre la condición humana haya tenido entre manos. Lo de José Eusebio Caro que por obligación aprendimos de memoria en la primaria, suena de un superficial, patético y anodino impresionante: “Lejos ¡ay! del sacro techo que mecer mi cuna vio, yo, infeliz proscripto arrastro mi miseria y mi dolor”, al lado de la voz grave de grandes escritores. Sé que están Vargas

Vila, Rivera, Silva, mi maestro Jorge Zalamea, las desgarradoras novelas de la entrañablemente ausente Marvel Moreno y la muy reciente *Lejos de Roma* de Pablo Montoya. Pero lo de Mutis va más allá en lo que atañe a este cuento. Y todo concentrado en un puñado de poemas que son los de Maqroll. Poemas que convergen con todo su ímpetu en el titulado precisamente “Exilio”. Allí Mutis asume la dramaturgia del dolor y la manifiesta a voz en cuello mediante una mueca irrefrenable que se transforma en grito furioso y vehemente. Precisamente en esa “Voz del exilio, voz de pozo cegado, voz huérfana, gran voz que se levanta como hierba furiosa o pezuña de bestia, voz sorda del exilio ... [que] Hoy ha llamado en mí el griterío de las aves que pasan en verde algarabía sobre los cafetales, sobre las ceremoniosas hojas del banano, sobre las heladas espumas que bajan de los páramos, golpeando y sonando y arrastrando consigo la pulpa del café y las densas flores de los cámbulos”. Del lamento al grito, del grito al momento epifánico, con suspensiones y caminos, con memorias y declaraciones vinculadas a la experiencia vital que recupera a través de los signos de la lozanía de la tierra fértil de Colombia y en los versos se asocian a la vitalidad del recuerdo infantil. Esto induce a Mutis a cantar el espacio-tiempo del pasado en el que caben la nostalgia y la memoria que logra recuperar en medio del estado de dolor generado por la ausencia y el destierro. Son versos que concluyen recreando con sabiduría la parte intangible del exilio: “Y es entonces cuando peso mi exilio y mido la irrecusable soledad de lo perdido por lo que de anticipada muerte me corresponde en cada hora, en cada día de ausencia que lleno con asuntos y con seres cuya extranjera condición me empuja hacia la cal definitiva de un sueño que roerá sus propias vestiduras hechas de una corteza de materias desterradas por los años y el olvido”.

El exilio es percibido en todo su peso, el espacio de la soledad medido en toda su infinita extensión. La laceración honda de una herida que no se cierra, el poeta la revierte en la energía de la naturaleza en su estado primigenio. El exiliado, caminando, hace un camino al andar y se concentra en las fibras del espíritu y del alma abandonadas a su propia suerte. Sin embargo, el desamparo y la soledad del exilio, más que la amputación o el ser extirpado de la tierra natal, dominan este canto que se confunde con la algarabía de los pájaros y el rumor de las torrenteras. El ritmo está dado por la corriente impetuosa o sosegada de la nostalgia y de las aguas, siempre en un eterno y enérgico movimiento, idéntico al estado del ser humano o del mismo Dios: exiliados para siempre de la creación, no del inexistente Paraíso terrenal.

6.

No me ha resultado fácil entender por qué artistas, escritores y más en general intelectuales, pensadores, científicos y filósofos de las más variadas disciplinas, desde tiempos inmemoriales, han sido y son objeto de persecuciones y formas de represión que los eyectan al exilio. Tampoco, por qué el arte (en su acepción más amplia) es el producto más inútil que haya podido inventar la especie humana. No existe documento que atestigüe que un poema, una novela, un drama, una sinfonía, un ensayo, un film, un libro o una teoría científica o filosófica haya generado

el estallido de una guerra, la caída de un gobierno, un desastre natural. Para no ir muy lejos, la misma Capilla Sixtina llegó más allá, como no nos enseñan en la escuela, de crear un fuerte contraste entre el papa Julio II y Miguel Ángel. El papa creía que por pocos florines de oro, Buonarroti era propiedad privada, su artista oficial, ‘de estado’ (o de régimen). Se equivocaba. En realidad, la obra del maestro toscano hizo horrorizar a los mojigatos del colegio cardenalicio que no toleraban la desnudez del cuerpo y la humanización del creador y su banda de vírgenes, santos y mártires, como expresión de sus mezquinos dogmas y cometieron la barbarie de hacer cubrir por el primer mediocre que encontraron las vergüenzas de tanto pirulo y tanta cuca al viento – que demuestra que los ángeles sí tienen sexo. O ¿no será que esa desnudez daba una visión interpretativa distinta y laica de esos dogmas y chocaba contra la del clero reaccionario? Eso lo logran las formas artísticas auténticas de la humanidad: despertar interés, cuestionar y hasta transformar la sensibilidad de un individuo. Y en esto consiste la fuerza subversiva del arte de verdad. No solo por la libertad de decir lo que se piensa sino porque predispone a una colectividad para el cambio y todo cambio es revolucionario y atenta contra la tradición, contra la conservación. Y cuánto exilio le costo al gran Miguel Ángel y cuánta persecución por los mercenarios guardias suizos que lo buscaban por doquier. Caravaggio ¿salió al exilio por pendenciero y haberse batido en duelo o por haber utilizado a su amante, la prostituta más famosa de la Roma de su época, como modelo para ejecutar “La muerte de la Virgen” contraviniendo la iconografía clásica y dogmática de la curia al usar un naturalismo paupérrimo que era despreciado? ¿Bolívar en un *raptus* de locura redactó la Carta de Jamaica o no moraba ya en el exilio y no salía de nuevo en 1830 a otro exilio para reconstituir un ejército y liberar de nuevo, de la barbarie criolla, la Gran Colombia que pocos años antes acababa de liberar? García Lorca murió de mal de ojo y no fusilado por la ceguera de los franquistas. Víctor Jara dejó de tocar la guitarra y de componer y cantar bellas canciones por emigrar a Chicago y París contratado por la RCA Víctor. Juan Carlos Onetti nunca fue uno de los 300.000 uruguayos fichados por los servicios militares de la dictadura y no murió exiliado en Madrid sino que vivió hasta su muerte en un chalet en las playas de Punta del Este, acudido por tres camareros, un mayordomo, dos damas de compañía y tres dobles que escribían por él. Igual Augusto Roa Bastos que, jamás fue perseguido ni exiliado, sino que por el contrario vivió siempre en su hacienda del Alto Paraná protegido por cincuenta guardaespaldas mientras agarraba a latigazos a indios y campesinos para que produjeran sin parar. Y ¿por qué tantos escritores y artistas en los campos de trabajos forzados del estalinismo? ¿Pinochet o Fidel – con el riesgo que corro por el uso de la paradoja y las necesarias diferencias entre los dos personajes – se han limitado a decir que una novela, un poema o una obra de teatro no son de su agrado? O, por el contrario, los han censurado y desatado juicios, persecución, cárcel y ejecuciones, contra escritores y artistas debido a que su obra atenta contra los valores estéticos impuestos por la ideología dominante que determina el gusto literario e iconográfico. El arte comprometido, de régimen.

El exilio no es un juego. Mucho menos de palabras. Es ese estado en que el cuerpo y el alma se debaten en un mundo extraño que no nos pertenece. El exilio es como un verdadero amor que termina mal y exabrupto. Es, en parte, morir en vida. El exilio es esa punición reservada a los que se apersonan de la sociedad civil, a los que se entregan por entero a utopías como la libertad, la verdad, la justicia y la igualdad. Este cuento me lo han contado personalmente seres inigualables como Brodsky, Saramago, Mutis, Benedetti, Padilla, Galeano, Mafhuz, Pablo Armando Fernández y, aunque resulte impertinente, hasta el mismo Borges. Además nos lo enseñan con su obra el cronista anónimo del Éxodo, Homero, Esquilo, Dante, Miguel Ángel, Byron, Foscolo, Vallejo, Alberti, Cernuda, Saint-John Perse y Rushdie, entre muchos. Y si no, pregúntenselo a Plinio Apuleio.

7.

En su rudeza, en su amargura, el exilio quita, extirpa, arruina, corroe, amarga, derrumba. Es cierto. Esa quimera llamada libertad se ve aún más limitada de donde se es expulsado. Son difíciles de reconquistar la serenidad y el equilibrio resquebrajados por la violencia. Es cierto. Una vez fuera, se advierte la extrañeza del mundo, se pierde la certidumbre de estar vivo y hasta los más fuertes vínculos de las relaciones interpersonales y de las historias de amor suelen venir a menos. Es cierto. En ambientes que resultan en principio siendo desérticos, allí donde el malestar se impone, donde la tristeza cunde y las energías se esfuman todo tiende a volverse negativo. Es cierto. Y no obstante ese enorme peso que agobia y maltrata llega el momento en que un gesto, una palabra, un silencio, repentinamente se insinúa, cobra cuerpo y comienza a despejar esa zona de sombras y oscuridad que se apoderan del exiliado. Me sucedió, como momento culminante, con los *Consejos de los viejos sabios aztecas*, que mi amigo Eduardo Galeano – uno entre los centenares de seres maravillosos que la vida y el exilio me han prodigado – recupera en uno de sus libros: “Ahora que ya miras con tus ojos, date cuenta. Aquí, es así: no hay alegría, no hay felicidad. Aquí en la tierra es el lugar del mucho llanto, el lugar donde se rinde el aliento y donde bien se conoce el abatimiento y la amargura ... Pero aunque así fuera, aunque fuera verdad que solo se sufre, aunque así fueran las cosas en la tierra ... Para que no andemos siempre gimiendo, para que nunca nos sature la tristeza, el Señor Nuestro nos ha dado la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza, y finalmente el acto del amor que siembra gentes.” En los momentos de mayor desconcierto el ejercicio de la pintura y la escritura acompañado por la inimaginable presencia de la poesía llegaban parcialmente en mi auxilio. A esto se sumaban la ilusión del amor, de tener amigos verdaderos y una actividad frenética en que me había refugiado para exorcizar todo ese fardo agobiador de que adolecía, en parte por ceguera, en parte por mezquindad, en parte por tozudez.

Ahora, la perspectiva que había iniciado a vislumbrar con *Metalepsis* y estaba focalizando con la poesía de Mutis uno de los muchos de quien preparaba la edición italiana de su obra, cuadraba el círculo de una serie de eventos de los que intuía la importancia pero no lograba valorar en plenitud. Sí. El exilio, seguía y sigue siendo doloroso, pero la vida, generosa, me había abierto las puertas al mundo. Y si estas se cerraban, se abrían las ventanas del conocimiento. Y si estas se cerraban la luz filtraba la cajita de los recuerdos – la que está al lado izquierdo de mi corazón – y estos afloraban para reconciliarme con la existencia.

¿Qué podía ser el dolor personal del exilio ante las atrocidades de la guerra en mi país, ante los genocidios cometidos por el poder en su afán destructor en Etiopía, en Yugoslavia, en la ahora ex cortina de hierro? ¿Qué podía ante las guerras de baja intensidad o las recientes de Irak, Afganistán, Libia y las continuas agresiones norteamericanas en el mundo, en Irán, en Siria, en Pakistán como única potencia imperialista? ¿Qué podía ser esa suerte de regodeo ante la miseria que veía en Guatemala, en Perú, en Nepal, en India o en Nigeria? Había olvidado la fiesta de los encuentros, la alegría de los abrazos que me proporcionaba mi condición privilegiada de artista y que la poesía me brindaba desde mi llegada a las geografías del destierro. ¿Acaso podía tirar por la borda la convicción del deber que tiene un artista con la sociedad civil? ¿Podía olvidar la alegría de tener a mis dos hijas acá en Milán, cercanas, compartiendo mi vida, mis logros y derrotas; la bebé del comienzo de este cuento, hoy día ya mujer convertida en escritora; y la más pequeña, Costanza que vive conmigo, pues mi historia personal se repite y, a Adelaide G., su madre, otro amor, también a ella se la ha llevado el viento? ¿Podría desconocer la convicción que me acompañaba desde mi primer encuentro con Borges, en la Bogotá de mi infancia, de que “Sólo una cosa no hay: es el olvido”? Mis seres vecinos no podían seguir muriendo en vano en una lista que crece a diario; los horrores del planeta no podían obnubilarme. La vida estaba ahí, a la mano con sus desvaríos y sus bondades. El poder seguía haciendo de las suyas y de hecho lo sigue haciendo. De manera más brutal. Mas mi nueva visión de América, el acercamiento al medio y al extremo oriente, mi condición de embadurnador de telas y pergeñador de sueños no me llevaban de viaje en vano. ¿Podía desconocer la *Metalepsis* en que termino afirmando que yo mismo soy memoria fresca en una vieja aljaba? Seguiré siendo hasta la muerte un auténtico exiliado pues ni siquiera el repatrio ha remendado la gotera de los dolores rojos. Es cierto. Mas un exiliado que, sin resentimiento alguno, sabe ser pesimista con la razón y optimista con la mano derecha, la que pinta y escribe; y con la otra, la que arrebató y violenta. Y dejo constancia de que he aceptado contar estas historias, aunque sean fragmentarias, no por mí o por mi dolorosa y feraz experiencia, sino por todos los que han pagado este precio alto y no tienen voz, han sido despojados de todo, hasta de su propia tierra, la que los vio nacer y crecer y que hoy ya no tienen bajo sus pies. En el EXILIO.

## Nota

<sup>1</sup> N. de la E. La carta que el autor de este relato dirige a la editora invitada hace parte del mismo, es una estrategia paratextual inherente a su estructura, así como también lo son la serie de grabados y el poema que se encuentran en su tercera parte.